

APRENDER COMO UN HONGO

por Lucía Egaña Rojas

Sobre la hierba se expande el dolor de todo un pueblo. La historia nos dará la distancia (o no) para ver esas tragedias acumuladas, que son las nuestras. La tierra no sabe de este tipo de dolores sino de lo que le han hecho: perforando, succionando, temiendo al tiempo lento, a la larga memoria. Como si no hubiera mañana. Cambio. Hacer un oráculo para gestionar la realidad. Hacer un oráculo con la ayuda de otras. Hacer un oráculo como un ejercicio de reciprocidad (o de incapacidad). Buscar imágenes para nuestras miradas tullidas de realismo. Puedo imaginar cosas con su ayuda. Puedo incluso aceptar su ayuda. La setas me dejan estirar la mano, recibir apoyo interespecie. Ellas no ponen nombre a las cosas, su presencia son esporas, microscópicas formaciones mayores, que nosotras. Las setas son común, son tantas y nunca están solas. No necesitan estirar la mano para pedir ayuda. Son reciprocidad encarnada, no tienen mano, y no creo que manejen conceptos como “ayuda”. Una multiplicidad de agencias transformadoras. Quisiera aprender como un hongo. Llevo meses pensando en esta frase: “aprender como un hongo”, tengo la frase pegada al cuerpo, casi tatuada con esporas. La he escrito en textos de divulgación, en conjuros, la he sacado de contexto, la he deseado para mí y

mis amigas. Aprender como una seta, quedarse en medio, aprender a vivir en los intersticios, ser invisible a los ojos, humanos. Aprender como una seta y crearse en red. (La imagen del rizoma se me queda chica cuando la recuerdo en esos textos de Deleuze). La micorriza es insoslayable, es tan inmensa que no la vemos. Y nuestros ojos de humano, tan poca cosa... Este texto es definitivamente un lamento, eso parece. Quisiera aprender como un hongo, dejar esta humanidad extenuada en estado de abandono. Y que lleguen ellas a hacer ese trabajo impío, ese trabajo inhumano, ese trabajo que sólo puede transformarnos en otra cosa. Una justicia incalculable, un ser algo distinto, un dejarse ir ante el jolgorio que tiene devenir con ellas, en ellas, por ellas. Como si nuestra sinergia sólo pudiese darse en el misticismo, o en una entrega casi religiosa. Cada vez que pienso seta sólo emerge mi pobre humanidad pensando. Por eso sé que no tengo que pensar en ellas, sino quizás, como ellas. Tengo que reterritorializar la inteligencia por antropocéntrica y por haber nacido para justificar el ecocidio. El otro día leí que las esporas eran hijas, madres y hermanas a la vez. Encarnaban esa idea que me obsesiona: parirse a una misma colectivamente. Parirse a una misma con otras. Yo a ellas les estiro la mano

para pedirles que me ayuden a gestionar la realidad, esta realidad que sólo les pertenece parcialmente. Esta realidad que es una tragedia, un dolor, que definitivamente no les pertenece. Les confieso mi lamento, les estiro mi mano. Extraer una carta y emancipar mi mirada tullida de realismo. Quisiera poder estirar las manos de lo posible, abrir el mundo y rasgar con fuerza esta ceguera. Trabajar con ellas para que su levedad deje de hacérseme insoportable.

